

ya los paisajes unamunianos como "paisajes del alma" (expresión que después hará célebre Azorín). El choque entre los dos Unamunos, el "íntimo" y el "éxtimo", está visto con pasmosa precisión: "Como resumen de impresiones de estos días, le diré que ahora me hice un enredo con los dos Unamunos, que no se han fundido en mi alma todavía". A partir de esta carta, la actitud de Corominas parece cambiar; pero nunca se sentirá alejado de su amigo vasco. De ahí el inmenso valor de la necrología de 1936. Hombres de estructura mental distinta, aunque agobiados, en gran medida, por idénticos problemas, llegaron a penetrar muy hondo el uno en el otro. Sobre todo quizá Corominas, que parece haberse propuesto la tarea de conocer la intimidad de don Miguel. No es que no haya diferencias entre ellos, pero estas diferencias no son nunca tales como pretende verlas Armando Zubizarreta ("Una interpretación de la crisis de 1897", *CMdU*, 9, 1959, 5-34), el cual llega a achacar a Corominas una gran insensibilidad religiosa. El editor de esta correspondencia rebate semejante posición con pruebas y argumentos muy convincentes.

El camino hacia el estudio del gran problema unamuniano —creencia o incredulidad— queda ahora más abierto que antes. Las interpretaciones podrán ser muy diversas, y aun contradictorias, pero, desde luego, el epistolario que comentamos aquí será imprescindible para ese estudio.

IRIS M. ZAVALA

MIGUEL ENGUÍDANOS, *La poesía de Luis Palés Matos*. Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1961; 89 pp.

No le reprocho a Enguídanos que quiera prescindir del pormenor erudito y abandonar las gafas del crítico tradicional para acercarse a la obra de Palés Matos. Pero sí me parece excesiva e innecesaria la continua defensa que hace de su modo de enjuiciar el quehacer poético. Bastarían dos simples cosas: una exposición de su punto de vista, y que su crítica fuese realmente eficaz. Del mismo modo, y quizá con mayor razón, creo que no se justifica el estar continuamente a la defensiva por su afición a Palés. El valor del poeta y de su obra debiera quedar claro sólo a través del análisis. (Posiblemente la censura de Enguídanos a la crítica literaria al uso se deba a una visión parcial de ella. Muy lejos está de caracterizar la estilística actual el siguiente comentario de la p. 6: "Lo que llamamos el estilo es en la mayoría de los autores puramente «vehicular». Por eso, muchas veces, la preocupación por el estilo obnubilará la visión del crítico, que absorto en la contemplación de un continente apenas accesorio, dejará escapar la oportunidad de adentrarse por los recónditos y vitales escondrijos donde se gesta la obra").

El libro consta de cuatro ensayos mediante los cuales el autor se propone "entender vitalmente una maraña poética" (p. xx): "Poesía como vida", "Encuentro con Poe en la tierra de los sueños", "Lo que el poeta le añadió a su pueblo" y "Poeta de vida-muerte". El primero y el último son, sin lugar a dudas, los mejores. En ellos logra Enguídanos penetrar en ciertos aspectos significativos del hombre-poeta y de su poesía

(v.gr. la idea del sueño como "realidad suprema", la transmutación poética de la realidad, y la extraordinaria capacidad de comunicación de Palés Matos).

Está muy bien la insistencia en el sueño como eje de la poesía palesiana y en el valor subjetivo de sus negros, "más allá de las órbitas del tiempo". Este sentido de creación de la realidad, propio de todo arte auténtico, estaba ya implícito, por cierto, en algún ensayo de Margot Arce de Vázquez (v.gr. "En este poema [*Pueblo negro*], el aislado se escapa de su realidad circundante evocando una visión exótica cuyo *origen subjetivo* subraya el verso «tumbado allá en mis brumas interiores»": "Los poemas negros de Luis Palés Matos", en *Impresiones*, p. 44) y en unas palabras de Enrique Anderson Imbert ("[Palés Matos] no copia una realidad popular tal como existe en tal o cual país, sino que interpreta lo negro desde su posición de poeta imaginativo": "Luis Palés Matos, desde la Argentina", en *Asom*, 1959, núm. 3, p. 40). Ahora bien, no hay que olvidar que ese "sueño" se ha forjado con elementos vivenciales, con esencias propias que lo son también del ambiente. Perspicaces y amargos son, por eso, ciertos versos definidores de la realidad puertorriqueña, como "Puerto Rico —burundanga—", o "Puerto Rico, lúgubrememente, / bala como cabro estofado".

La selección de los versos y estrofas que cita Enguídanos es generalmente muy buena. Sus comentarios son a veces muy acertados, como cuando habla de la "angustia agridulce" que siente el poeta por su patria (p. 16). Pero otras veces estos comentarios, aunque efusivos y cordiales, nada dicen sobre el valor poético, o en todo caso se quedan en la mera ponderación. En alguna ocasión llega a repetir sus fórmulas (cf. pp. 17 y 19, donde, refiriéndose a dos estrofas distintas, prorrumpe en una misma exclamación: "¡Bendito el don del poeta que hace posible la maravilla de la comunicación poética!").

Preocupado constantemente, además, por vincular a Palés con la poesía española, o de verlo "en hispánico", por decir así, cae Enguídanos en generalizaciones que, por decir lo menos, pueden parecer parciales. ¿Acaso sólo los que escriben en español "llegan siempre en esa última instancia de la creación que consiste en quedarse solo, absolutamente solo, al momento sublime en que hay que justificar el propio existir ante la propia conciencia"? (p. 21). ¿Acaso puede afirmarse rotundamente que "cuando Palés se va a la hermosa Thule de los sueños llevándose a sí mismo a cuestras, lo hace de un modo *perfectamente hispánico*" (p. 43), o que "cuando se siente caer desde el desengaño al abismo de la desesperación... *hace* algo, emprende una última salida, que es un matar la ilusión *perfectamente hispánico*"....? (p. 63).

Generalizaciones un tanto superficiales e inútiles, en un trabajo de esta índole, son también muchas de las ideas que se esbozan o se dejan entrever acerca de la realidad puertorriqueña. A veces me parecen absurdas, como cuando, después de tanto insistir en la teoría del "sueño", en el "hombre-poeta" y no en el "episodio", Enguídanos olvida su propia tesis y comenta así una estrofa sobre Filí-Melé, la amada del poeta: "mujer de piel clara y tersa, de cabelleza rizada —lo que espantaría a la «aristocracia de dril» de la isla, pero no a nuestro humanísimo Palés"

(p. 23). Más tarde parece contradecirse en otro comentario fuera de tono: "La poesía de Palés es una exaltación de lo negro y... en ella el poeta da cauce a un sentimiento, compartido por todo hombre de bien de Puerto Rico, de admiración y de respeto hacia sus compueblanos de color. ¡Qué lección para los racistas de variado pelaje que aún circulan su falsa moneda por el mundo!" (p. 60). O su defensa comprometida del "buen" pueblo de Puerto Rico, con mucho del "ten con ten" cantado por Palés (p. 49).

El cuarto ensayo, "Poeta de vida-muerte", se dedica, en parte, a refutar dos afirmaciones de Margot Arce de Vázquez sobre los últimos poemas de la *Antología* de Palés. Se trata del comentario final de la autora: "Tras este terrible y moderno *carpe diem* descubrimos el vacío espiritual, la total y absoluta angustia metafísica sin puerta de salida de muchos hombres contemporáneos" ("Unidad de la obra poética de Luis Palés Matos", en *Asom*, 1959, núm. 3, p. 38), y del calificativo de "nueva Lorelei" con que designa a la amada del poeta. Lo segundo no me parece tan "equivoco o equivocado" como lo interpreta Enguídanos. Lo primero, dicho así, sin más, sonaría en efecto a una visión simplista del mundo poético y vital palesiano, no tanto por lo que se refiere al tema del *carpe diem* (aunque se ha utilizado el término en un sentido muy laxo) cuanto por lo que toca a la "angustia metafísica", que sí habría que matizar. Pero conviene decir que en el resto del ensayo la autora ofrece otros aspectos que Enguídanos silencia, v.gr.: "Hay en Palés, como en los mejores poetas de nuestra lengua, la íntima nunca saciada sed de lo Absoluto, la dolorosa conciencia de la impureza y la imperfección de todo lo humano" (p. 37).

Aquí y allá, a través del libro, Enguídanos hace algunos comentarios marginales que valdría la pena revisar. Así, cuando nos habla (p. 13) de la influencia del vocabulario palesiano en el habla culta puertorriqueña —tema tan rico en sugerencias—, dos de los tres ejemplos que aduce no son válidos: *burundanga* (él mismo define el término en la p. 18 según en *DRAE*, s.v. *morondanga*) y *papiamento*. Lo palesiano en este caso no es la palabra, sino su función expresiva en la obra del poeta, hecho que Enguídanos ni menciona ni comenta: "las *papiamentosas* Antillas del ron" y el ya mencionado "Puerto Rico —*burundanga*—".

La obra de Enguídanos me parece, en resumen, muy desigual. Ojalá que su crítica estuviera a la altura de su entusiasmo (éste sí innegable —y contagioso), y que al ponerse a escribir no hubiera sentido la necesidad de ese incómodo forcejeo ante un doble público tirante: de un lado los que él llama "críticos" o "eruditos", españoles o hispanoamericanos, y de otro el pueblo puertorriqueño. Mejor haber escrito libremente: de Miguel Enguídanos para o sobre Luis Palés Matos, y todo lo demás se nos hubiera dado por añadidura. Sin embargo, el libro cumple en gran medida su cometido. Es un cálido homenaje al poeta-persona, y puede servir de introducción a su obra para aquellos que la desconocen —que son muchos.

YVETTE JIMÉNEZ DE BÁEZ